

El nacimiento del Partido Comunista de España

JOSÉ LUIS MARTÍN RAMOS

Catedrático emérito de Historia Contemporánea



1. La formación de la Internacional Comunista no fue un acto inesperable ni de resolución inmediata. En el tiempo corto su origen está en la Revolución rusa y en la concepción de esta como el inicio de la revolución mundial, estimulada por el fracaso humanitario del capitalismo en la Gran Guerra. No obstante, no fue un simple derivado de la Revolución rusa. Fue algo más: la organización concreta de la mayoría de los sectores y corrientes del movimiento obrero que en la primera década del siglo xx habían rechazado el reformismo y procuraban el desarrollo de una política revolucionaria, por más que de manera dispersa. Esos segmentos revolucionarios tenían dimensiones, experiencias y tradiciones acumuladas dispares. La Revolución rusa y el liderazgo de los bolcheviques aportó el momento y la orientación sustantiva indispensables; la diversidad de los sectores revolucionarios y la evolución de la expectativa de la revolución mundial, así como de la situación interna de los Estados, condicionaron tanto el desarrollo temporal de la formación de la IC como el de sus secciones nacionales, los partidos comunistas.

El panorama del movimiento obrero español de las primeras décadas de siglo era complejo, no reducible a una colocación precipitada de etiquetas de reformismo y revolucionarismo entre las organizaciones ni en el interior de ella. El movimiento socialista español no se identificaba por completo con el reformismo, por más que la práctica de su participación institucional, no tanto en las Cortes —testimonial en el mejor sentido del término— como en los ayuntamientos, o la táctica sindical dominante en la UGT apuntara en esa dirección. La CNT se atribuía a sí misma la condición de exclusiva organización revolucionaria; sin embargo, el sentido fundamental de su actuación fue en esos años sindical, de lucha económica, eludiendo pasar el límite de la rebelión fuera de la propaganda. En ambos sectores había posiciones que se

191



identificaban con las reacciones revolucionarias al reformismo. En el socialista se encontraban en las Juventudes, en sindicatos particularmente combativos como los mineros, entre una parte importante de los que sobrevivían de la generación fundadora y, de manera dispersa, por todas las agrupaciones y las sociedades obreras; no constituían una corriente homogénea ni tenían líderes reconocidos colectivamente. En la CNT, entre los cuadros anarquistas y los que se identificaban con el sindicalismo revolucionario y sus referentes francés e italiano; tampoco se constituían en corriente, entre otras razones, porque la CNT en su conjunto se consideraba a sí misma como el sector revolucionario del obrerismo español; por más que su orientación general fuese, en los años de la guerra y la posguerra, sindicalista, no insurreccionalista. No había en el movimiento obrero español nada similar a la izquierda combativamente antirrevisionista liderada por Rosa Luxemburgo en Alemania, ni colectivos como el abstencionista encabezado por Bordiga o el de la revista *Ordine Nuovo* de Gramsci en Italia, ni corrientes como la agrupada por *La Vie Ouvrière*, dirigida por Monatte en la CGT francesa. Tampoco había ninguna persona no ya de la talla intelectual o la capacidad política de ellos, sino ni siquiera que fueran objeto del reconocimiento como líderes por parte de quienes compararían posición contra el reformismo.

Cuando la insurrección de octubre de 1917 dio una solución socialista a la Revolución rusa, su reconocimiento en el obrerismo español empezó a convertir en corriente lo que hasta entonces habían sido posiciones dispersas, y a dividir de manera explícita las posiciones revolucionarias y reformistas dentro de las organizaciones obreras. El núcleo de la dirección socialista —con Besteiro y Largo Caballero al frente— lamentó el derrocamiento del Gobierno provisional y la decisión del nuevo Gobierno revolucionario de acordar de inmediato el fin de la participación en la guerra, y algo semejante ocurrió en las filas de la CNT por parte del círculo de cuadros liderado por Seguí. Esos sectores primaron la defensa de la versión de la Entente de la Gran Guerra como un combate por la democracia frente a los imperios a la del salto dado por la Revolución en Rusia, y mantuvieron su mirada de desconfianza hacia los bolcheviques hasta que la Revolución alemana de noviembre de 1918 puso fin a la contienda. Acabada la guerra pasaron a sostener que, de todas maneras, la Revolución rusa se trataba solo de un episodio local y no podía convertirse en referente general.¹ Por el contrario, quienes en el campo socialista defendieron desde el primer momento a los bolcheviques e intuyeron la importancia de la Revolución rusa se aglutinaron en torno a la revista *Nuestra Palabra*; fundada en agosto de 1918 por Mariano García Cortés y Ramon Lamonedá, incluyó entre sus colaboradores a buena parte de los que habrían de constituir el co-

¹ Julián Besteiro, «Bolchevismo», en *El Socialista*, 1 de mayo de 1919.

munismo en España: además de aquellos, estaban ya Juan José Morato, José Verdes Montenegro, Virginia González, Torralva Beci, Daniel Anguiano, Eladio F. Egocheaga, Rafael Millá, César R. González y Ramón Merino Gracia. Era una suma de militantes veteranos, dirigentes sindicales (Lamoneda de las artes gráficas, Egocheaga de los mineros) y jóvenes de la última generación. Estos últimos empezaron ya entonces a dar un paso por delante del resto en el congreso del PSOE, de noviembre de 1918, en el que Millá y Eduardo Ugarte, este último del Grupo de Estudiantes Marxistas, propusieron enviar un telegrama de simpatía al Gobierno soviético y otro de censura a Wilson por la intervención militar extranjera en su contra sin conseguir ni siquiera el apoyo de Lamoneda, Núñez de Arenas y Verdes Montenegro, que cayeron en la maniobra de Besteiro de limitar la decisión del Congreso a un retórico «saludo entusiasta» a la Revolución rusa.

La insurrección de octubre no tuvo un sentido local; su desencadenamiento se insertó en la perspectiva del impulso de una revolución general en Europa, la «revolución mundial», que se esperaba que tuviera acto seguido su segunda manifestación en Alemania como una reedición «roja» del movimiento revolucionario europeo de 1848, con la novedad desde la decisión de Lenin de que su triunfo había de perseguirse mediante la constitución de una nueva Internacional que actuara como factor organizativo y dirigente del movimiento, para la que propuso adoptar el nombre común de «comunista», utilizado en 1848 por Marx y Engels. No fue tan rápido, el estímulo de la revolución no alcanzó todavía a Alemania, y la Gran Guerra habría de mostrar durante doce meses más su naturaleza de catástrofe homicida. El proyecto de la Tercera Internacional tuvo que aguardar a que la revolución acabara definitivamente con la guerra en Alemania. Para orientar este nuevo proceso revolucionario y los estallidos que se estaban produciendo en el seno del Imperio Austro-Húngaro, la dirección bolchevique decidió llamar el 24 de enero de 1919 a la convocatoria de un congreso internacional para constituir la nueva Internacional Comunista. Entre los invitados a participar se citaba a «los elementos revolucionarios del Partido Socialista español». Poco después, en febrero, se reunió en Berna una conferencia de partidos socialdemócratas convocada para elaborar una propuesta común ante las negociaciones iniciadas en París por los Gobiernos vencedores y reactivar la Segunda Internacional. Esto último se frustró por las ausencias (belgas e italianos entre otros) y las disidencias entre franceses y alemanes, pero dejó un acuerdo promovido por el sueco Branting hostil al Estado soviético que caucionaba la intervención militar contra él, y en el que se identificaba al socialismo con la democracia parlamentaria. La Segunda Internacional previó, además, celebrar un próximo congreso en Ginebra.

El Primer Congreso de la Internacional Comunista, en marzo de 1919, tuvo una asistencia muy limitada: con la representación del Partido Comunista Ruso (bolchevique) y las formaciones bolcheviques del resto de territorios so-



viéticos y delegaciones de tan solo el Partido Comunista de Alemania, el austriaco, el polaco, el Partido Socialdemócrata de Izquierda sueco, el de Noruega, la socialdemocracia de izquierda de Suiza y la Federación Balcánica. Ante la llegada de noticias sobre el inicio de un levantamiento en Viena con repercusiones en el mundo danubiano y balcánico se decidió constituir ya la nueva organización, aunque sin darle todavía más contenido que un manifiesto y la elección de un primer Comité Ejecutivo presidido por Zinoviev. El proceso fundacional habría de prolongarse durante dos años, discuriendo en paralelo a la fundación de los partidos comunistas en Europa Occidental con la aprobación de sus estatutos y de las ponencias fundamentales de línea política en el Segundo Congreso, en 1920, y la adaptación al reflujó de la oleada revolucionaria y la estabilización del orden capitalista de 1920-1921 mediante la nueva línea de la conquista de la mayoría, el frente único y la estrategia de transición.



194

2. Los socialistas españoles tuvieron que pasar de tomar posición ante la lejana Revolución rusa a hacerlo ante un proyecto revolucionario en el que ellos también quedarían involucrados, superando resistencias y dudas. Para empezar, *El Socialista* no informó de la convocatoria del Primer Congreso hasta el 13 de febrero, sin tiempo para que se tomase una decisión de asistir; *Nuestra Palabra* lo hizo tras ello, pero acogiendo la noticia con cautela. Luego la noticia sobre la celebración del congreso de Moscú fue dada también con retraso por parte de *El Socialista*, el 9 de abril; con retraso y con animadversión, sosteniendo que la principal conclusión del congreso era que el partido bolchevique «se compromete a dirigir la lucha del proletariado en todas las naciones». Las organizaciones socialistas europeas más próximas mostraron más diligencia y mejor comprensión de la propuesta. La dirección del Partido Socialista Italiano tomó ya el 18 de marzo el acuerdo de integrarse en la nueva Internacional, ratificado luego por el congreso del partido en Bolonia, en octubre. En Francia, la Federación del Sena de la SFIO acordó en abril proponer también esa integración, aunque fue descartada en el congreso del partido aquel mismo mes, que aprobó la propuesta intermedia de Longuet de un acuerdo entre la Segunda Internacional y la Tercera para reconstruir, sobre planteamientos revolucionarios y en un congreso conjunto, una sola organización internacional.

La parsimonia inicial quedó desbordada por el importante incremento de la movilización social en la primavera de 1919: iniciado con el ciclo de huelgas de La Canadiense en Barcelona, desarrollado entre febrero y mediados de abril, seguido por las movilizaciones campesinas en el sur con motivo de las cosechas a partir de marzo y por las huelgas del metal en verano en Vizcaya. En ese clima de activación de una movilización de trabajadores de la ciudad y el campo, sin precedentes en España, tomó cuerpo en la percepción

de la militancia la ilusión de la revolución. En mayo, Torralva Beci, periodista que había dirigido *El Socialista* entre 1915 y 1916, presentó en la Agrupación Socialista Madrileña una propuesta para que se instara a la Comisión Ejecutiva del PSOE a la convocatoria de un plebiscito en el partido sobre el ingreso en la Tercera Internacional y que así se hiciera si el resultado fuese favorable.² Finalmente, la agrupación madrileña debatió la moción el 2 de septiembre y se pronunció por la casi unanimidad de los asistentes en favor del plebiscito interno y del ingreso en la Tercera Internacional. Iglesias, Besteiro y Largo Caballero reaccionaron en contra, y consiguieron que la Comisión Ejecutiva del PSOE convocara el 5 de septiembre un congreso extraordinario del partido, que se celebró en la primera quincena de diciembre.

Ninguno de los dos congresos tomó una resolución definitiva. El socialista manifestó una abrumadora inclinación en favor del ingreso en la Tercera Internacional. No obstante, los partidarios de seguir en la Segunda, encabezados por Besteiro, consiguieron evitar que se produjese ya la ruptura sumándose a la propuesta de la Federación Socialista Asturiana, que aceptaba esa asistencia para defender en ella la unidad en torno a la Tercera y, si la mayoría de Ginebra lo rechazaba, ingresar entonces en la Internacional Comunista. La propuesta se impuso por exigua mayoría a la encabezada por Anguiano, que postulaba integrarse sin más en la nueva internacional.³ Esa decisión, que dejaba en manos del Congreso de Ginebra la resolución definitiva, era una proposición imposible, como lo era también la del congreso de la CNT en la que el valenciano Hilario Arlandis se quedó solo en su defensa de integración inmediata en la Tercera Internacional. Los delegados aprobaron por aclamación ratificar los principios sostenidos por Bakunin y adherirse solo provisionalmente a la nueva Internacional por su carácter revolucionario, a la espera de que pudiera celebrarse el congreso que, de manera definitiva, estableciera «los principios que rijan la nueva Internacional de obreros». El sindicalista Pestaña fue quien se encargó de representar a la CNT en el Segundo Congreso de la Internacional Comunista.

Mientras el PSOE aguardaba a que se reuniera el Congreso Socialista de Berna, la situación del «tercerismo» español se modificó cuando aquel fin de año llegaron a Madrid, procedentes de México y de paso para Moscú, Mijail Gruzenberg (alias Borodin), delegado de la Internacional Comunista y del Comisariado de Asuntos Exteriores soviético, y el estadounidense Richard Francis Phillips (alias Jesús Ramírez), representante ante la Internacional del recién fundado Partido Comunista Mexicano. Borodin y Ramírez se entrevistaron con Anguiano

² El texto de Torralva Beci fue publicado por *El Socialista* el 2 de agosto.

³ Los delegados que votaron a favor de la moción de Besteiro representaban a 14.010 afiliados, mientras que los que lo hicieron a favor de la de Anguiano representaron 12.497.



no y Mariano García Cortés, del sector «tercerista» del PSOE, y con López y López y Merino Gracia, del comité de las Juventudes Socialistas, que en su congreso posterior al del partido habían acordado integrarse en la Internacional Comunista. De ese encuentro surgió la iniciativa de constituir un «bloque de izquierdas» partidario del ingreso en la Internacional Comunista. Cuando se conoció que la reunión socialista de Ginebra había sido pospuesta, el «bloque» reclamó que se ejecutara la parte final del acuerdo del congreso de diciembre y que el PSOE asistiera al próximo encuentro de la Internacional Comunista para integrarse en ella. El Comité Nacional del PSOE, reunido el 21 de febrero, lo rechazó y decidió mantenerse a la expectativa de la realización del congreso socialista internacional, para el que ya se había convocado una conferencia preparatoria. La aceptación por parte de Anguiano, Lamonedá y Núñez de Arenas —miembros del Comité Nacional— del acuerdo del 21 de febrero, y el apoyo del «bloque de izquierdas» a esa aceptación, solo rechazada por Merino Gracia, rompió el grupo.

Ramírez, apoyado por Borodín, que se había desplazado a Amsterdam, decidió prescindir de los «terceristas» del partido y promover la constitución de las Juventudes Socialistas en Partido Comunista Español mediante un referéndum interno de las agrupaciones juveniles el 15 de abril. El éxito de la iniciativa fue parcial. La mayoría de las agrupaciones se pronunciaron a favor, pero fue ampliamente rechazada en Asturias y Vizcaya, que sumaban más de la mitad de sus afiliados, y muchos miembros de las agrupaciones que se adherieron no secundaron la ruptura. Las Juventudes Socialistas fueron reorganizadas bajo la dirección de López y López y César R. González, que mantuvieron, empero, la orientación «tercerista» acompañándola a partir de entonces a la resolución final que habría de tomar el PSOE. El nuevo partido debió alcanzar un máximo de 2.000 militantes, de los que unos 400 correspondían a Madrid, incluidos los estudiantes; las Juventudes Socialistas contaban con algo más de 3.500 afiliados en abril de 1921. El Partido Comunista Español, dirigido por Merino Gracia, Ugarte, Andrade y Portela, tuvo una incidencia reducida en el sindicalismo socialista; en contrapartida, consiguió que se integrara en él Hilario Arlandis y su núcleo probolchevique de la CNT valenciana, y su periódico, *El Comunista*, se difundió entre los cuadros de la CNT catalana, reforzando la formación de la corriente partidaria de la Internacional Comunista liderada por Maurín y Nin. Fue invitado a participar en el Segundo Congreso de la Internacional, en julio-agosto de 1920, y reconocido como sección española. Sin embargo, su posición política quedó debilitada por su identificación con la línea del Buró de Amsterdam de la Internacional Comunista —nucleado por los comunistas holandeses— que Lenin había desautorizado por su abstencionismo antiparlamentarista y el rechazo de los sindicatos en favor del movimiento de los consejos. La constitución organizativa y política del comunismo en España quedaba todavía pendiente de la resolución del pleito sobre



las internacionales y la disyuntiva entre el proyecto reformista y el proyecto revolucionario en el seno del PSOE.

3. En la primavera de 1920, las dos internacionales fijaron sus congresos: el de la socialista para el 31 de julio en Ginebra, el comunista un poco antes, el 19 de julio. El PSOE se vio obligado a decidir a cuál asistir y para qué, en un nuevo congreso extraordinario fijado para el 19 de junio. El «tercerismo» español mantenía su aceptación mayoritaria en las bases del partido, pero seguía lastrado por su dispersión y la carencia de liderazgo político. Por otra parte, la constitución del PC español y su identificación con las posiciones de los comunistas holandeses proporcionó argumentos al sector contrario a la Internacional Comunista. Besteiro habría de abusar de ello identificando la política de esta con la del Buró de Amsterdam, y Largo Caballero se aseguró, esgrimiendo el antisindicalismo, la posición de la inmensa mayoría de la UGT en contra del «tercerismo» y la nueva internacional.

La posición, muy mayoritaria, del congreso se puso de manifiesto en dos decisiones iniciales: la derrota de la maniobra de Largo Caballero, que intentó evitar su realización negándole representatividad⁴ y el rechazo definitivo a la Segunda Internacional y a la asistencia a su congreso. Toda la discusión y las propuestas giraron en torno a la Internacional Comunista; sin embargo, a la moción de integración sin más, que meses atrás presentara Anguiano, se añadió ahora como alternativa el ingreso condicionado a la autonomía táctica del PSOE, es decir, a decidir la línea nacional propia, y el derecho a revisar en el congreso del partido la doctrina y los acuerdos de la Internacional. Esta segunda variante consiguió sumar apoyos heterogéneos: de sectores antirreformistas pero que recelaban de la hegemonía del partido ruso, como el de Acevedo y la Federación Socialista Asturiana; de «terceristas» que lo eran más por convicción sobre la necesidad de depurar a la organización internacional de las posiciones no marxistas que por identificación con el nuevo proyecto de la Internacional Comunista; y de socialistas que no se identificaban con esta pero que daban la Segunda por perdida y consideraban la propuesta como un mal menor, como De los Ríos —uno de los promotores de la moción junto a Azevedo— y Fabra Ribas, director de *El Socialista*. Los partidarios sin

⁴ Pretendió que no era representativo, por cuanto los delegados asistentes al iniciar sus sesiones no representaban más que a 12.491 afiliados, de los 55.000 que tenía registrados la oficina administrativa del partido. Sin embargo, el derecho de participación en congreso —incluido el proceso congresual previo— solo se otorgaba a los afiliados al corriente de sus pagos, condición que en aquel momento solo cumplían 19.526 afiliados. Las cifras administrativas estaban infladas, obviamente, y, más que chocante, es inadmisibles que Largo Caballero, con larga experiencia de gestión, no hubiese tenido en cuenta las cifras acordes con los estatutos.





reservas de la Internacional Comunista, sin liderazgo potente y sin capacidad de maniobra, no acertaron a neutralizar el ingreso condicionado, que se impuso por una mayor diferencia que la del acuerdo de 1919.⁵ Se tomó también la decisión de enviar al Segundo Congreso de la Internacional Comunista los representantes de las dos mociones votadas: De los Ríos y Anguiano.

El acuerdo tomado, aunque tuviera la connotación diferente de predominio del «tercerismo», era tan impracticable como el del congreso de diciembre, como puso de relieve López y López en su intervención en el curso del debate: no tenía sentido pedir un ingreso poniendo condiciones, estas las ponían a sus aspirantes los organismos ya constituidos. Además, dado que el PSOE decidió que el viaje a Moscú se había de hacer legalmente, De los Ríos y Anguiano no obtuvieron el visado soviético hasta septiembre y no pudieron llegar a Moscú hasta mediados de octubre. No solo no pudieron defender en público sus condiciones, sino que se encontraron con la realidad, que ya conocían al emprender su viaje, de que era la Internacional la que había puesto veintinueve condiciones de admisión. En los primeros meses de 1920, la dirección bolchevique, Lenin, Trotsky y Zinoviev, avanzó en el perfil del nuevo proyecto comunista, descartando la línea del Buró de Amsterdam y orientándose hacia la constitución de partidos comunistas de masas que, desde una perspectiva insurreccional, combinaran los diferentes instrumentos organizativos e institucionales a su alcance. Ese paso coincidió con un notable incremento de adhesiones y de peticiones de asistencia al congreso promovido por la movilización social que persistía en Europa y la evidencia del fracaso en el relanzamiento de la Segunda Internacional. Todo ello llevó a dar al congreso un papel de elaboración de la línea política y a que concretase estatutariamente el modelo de partido mundial, único, regido por el centralismo democrático y compuesto por secciones nacionales. Además, para contrarrestar el desdibujamiento que en ambas dimensiones pudiera producir una avalancha de ingresos, se decidió también establecer una lista de condiciones que habrían de aceptar los aspirantes y que reforzaban la orientación revolucionaria de la internacional, su carácter de partido mundial y el desplazamiento de ella de los sectores reformistas de los partidos que, aunque hubiesen quedado en minoría, permanecieran dentro de ellos. A pesar de todo, De los Ríos y Anguiano presentaron las resoluciones del PSOE, considerando que ese era su deber, con una última esperanza de que el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista tuviera

⁵ Los delegados de la moción ganadora representaban a 8.269 afiliados; los partidarios del ingreso incondicional a 5.016. Los que se abstuvieron, partidarios de mantenerse en la Segunda Internacional, 1615. La diferencia de afiliados representados en la votación con la cifra dada de los que lo estaban en el inicio del congreso responde al hecho habitual de que se fueran incorporando a este nuevas delegaciones cuando se presentasen, si eran admitidos por la comisión de credenciales.

alguna consideración positiva sobre ellas. No fue así: la dirección de la Internacional las rechazó, como era de esperar, y les propuso en cambio llevar al PSOE la propuesta de aceptación de los veintiún puntos, tras de lo cual estuvieron de regreso en Madrid el 28 de diciembre, expusieron a la dirección del PSOE sus informes del viaje y esta convocó un tercer y último congreso extraordinario que se iniciaría el 9 de abril de 1921.

La admisión o el rechazo de los veintiún puntos focalizó el debate final en los partidos que se debatían entre las dos internacionales, entre el otoño y el invierno de 1920-1921; la mayoría de la SFIO los aceptó y la del Partido Socialista Italiano los rechazó. En ambos casos el hecho común fue que no hubo posibilidad de pacto; la ruptura significó que la minoría socialista francesa mantuviera la SFIO y la minoría italiana fundara el Partido Comunista. Para entonces la ola de la movilización social había entrado en reflujo en Europa, y el atractivo de la Internacional Comunista había empezado a retroceder entre las clases trabajadoras tanto por ese hecho, que se acompañaba con la estabilización económica y política en Europa Central y Occidental, como por el deterioro de la imagen del Estado soviético forzado por la guerra civil, en la que por fin se había impuesto a costa de un gran desgaste social manifestado en episodios como la insurrección de Kronstadt, en la primera quincena de marzo de 1921. En España la incidencia «tercerista» también retrocedió. Desde el control de la UGT y *El Socialista*, Largo Caballero, Besteiro y Fabra Ribas, con el apoyo de Pablo Iglesias, fueron invirtiendo la opinión interna en contra de la Internacional Comunista y recuperando el control de agrupaciones clave, como la madrileña, por el peso de su militancia y la influencia de sus tomas de posición. El congreso de abril rechazó los veintiún puntos y el ingreso en la Tercera Internacional; acto seguido los delegados que lo habían apoyado lo abandonaron y se reunieron para constituir de manera inmediata el Partido Comunista Obrero Español, con unos 4.500 militantes, incluidos los de las Juventudes Comunistas.

4. En la primavera de 1921 España contaba con dos partidos comunistas políticamente rivales. La Internacional Comunista solo podía admitir una sección nacional por Estado, por lo que intervino para superar las diferencias y recelos entre ambas formaciones y unir las en una sola. La debilidad generacional —se circunscribía al ámbito de las juventudes— y sobre todo su apego a las posiciones ultraizquierdistas del extinto Buró de Amsterdam frustró la pretensión del Partido Comunista Español: la de que, puesto que él ya era sección de la Internacional, la unión había de hacerse en su seno. En el Tercer Congreso de la Internacional, en junio de 1921, se impuso la unificación en una nueva sección nacional que habría de denominarse Partido Comunista de España, y promovió a César R. González, procedente de las juventudes





pero integrado en el Partido Comunista Obrero Español, como su nuevo representante ante la Internacional. La constitución del nuevo partido, definitivamente unificado, se materializó en el congreso de Madrid entre el 14 y el 19 marzo de 1922. Se eligió una nueva dirección encabezada por el histórico García Quejido como secretario general y Lamonedada como secretario de organización, de la que también formaban parte Virginia González, Núñez de Arenas, Exoristo Salmerón, Evaristo Gil, Ignacio Ojalvo y Antonio Malillos; César R. González fue elegido director del periódico portavoz del PCE, *La Antorcha*, y Andrés Nin lo sustituyó en la representación del partido en Moscú, que habría de desempeñar inicialmente junto con la de la CNT.

La presencia de Nin era producto del Pleno de Regionales de la CNT, celebrado en Barcelona el 28 de abril de 1921, que aprobó el ingreso en la Internacional Sindical Roja, constituida por el Segundo Congreso de la Internacional Comunista como brazo sindical del partido mundial de la revolución. Pestaña había participado en aquel congreso e incluso firmado la convocatoria de la fundación de la ISR, pero, a título personal, a la espera de que un nuevo congreso de la CNT en España tomara la decisión definitiva. No obstante, Pestaña, que fue detenido a su regreso a España, no pudo presentar su informe, y la CNT, declarada ilegal, tampoco estuvo en condiciones de reunirse para tomar aquella decisión. En esas circunstancias el Pleno de abril se celebró en la clandestinidad y lo hizo con una presencia predominante de partidarios de la Internacional Comunista —Nin, Maurín, Arlandis, Ibáñez—, que consideraron interpretar que el sentido mayoritario de la organización era la adhesión, en principio, a aquel proyecto sindical revolucionario. Nin, Maurín, Arlandis e Ibáñez marcharon luego a Moscú para asistir al Tercer Congreso de la Internacional Comunista como espectadores y al Primero de la Internacional Sindical Roja como participantes en julio. Acabado este, Nin se quedó en Moscú como representante de la CNT, e ingresó ya en el PCE; Maurín no lo haría hasta 1924.

Aquello constituyó la mejor noticia que podía tener el PCE: la integración de la CNT en el sindicalismo comunista podía compensar la derrota absoluta en la UGT. Sin embargo, no prosperó; cuando se autorizaron de nuevo las actividades de la CNT y sus dirigentes principales —Pestaña, Seguí, Buenacasa— recuperaron la libertad, la Conferencia de Zaragoza de la CNT, el 11 de junio, acordó revocar el acuerdo del Pleno de abril de 1921 y asistir, en cambio, en diciembre, en Berlín, al congreso fundacional de una internacional anarcosindicalista que recuperó la histórica denominación de Asociación Internacional de Trabajadores. Como consecuencia menor, Maurín, Arlandis y Nin pudieron mantener una corriente comunista dentro del sindicato en Cataluña y Valencia, y la influencia comunista se dejó sentir también, independientemente de aquella, en otras regiones española, sobre todo en Andalucía y particularmente en Sevilla. La incidencia sindical del comunismo español se completaba en esa etapa fundacional con los sindicatos expulsados de la UGT. En su congreso

de noviembre de 1922 eran una quincena con alrededor de 15.000 federados;⁶ sus núcleos principales eran los sindicatos mineros de Asturias y de Vizcaya.

Más allá de las cifras de militantes, el nuevo partido tenía en el momento de su fundación unas ochenta agrupaciones repartidas por todas las regiones de España, a excepción de Castilla-León y Extremadura, con una importante implantación en el Norte, un núcleo en Madrid con gran peso en la formación inicial de la dirección —aunque con el hándicap de su débil incidencia sindical—, y organizaciones dispersas en Andalucía, Galicia, Cantabria, Valencia y Castilla La Mancha. El punto fuerte del partido estaba en las regiones del norte. En Asturias el PSOE y el PCE se repartieron por la mitad el movimiento obrero existente. En Vizcaya los comunistas predominaron en Bilbao y San Sebastián, donde controlaron la Casa del Pueblo en ambas ciudades, así como en la cuenca minera de Somorrostro y en los sindicatos del metal, la construcción y artes gráficas de la capital vizcaína. En junio de 1921, el dirigente del Sindicato Minero de Vizcaya, Constantino Turiel, alineado con Prieto, fue sustituido por el comunista José Bullejos, quien llegaría a ser secretario general del PCE entre 1927 y 1932. Si no era un partido de masas, su capital humano inicial era una base apreciable para poder llegar a serlo a condición de hilvanarlo, dotarlo de una orientación común que se mantuviera de manera coherente en el tiempo. Eso requería una dedicación específica del grupo dirigente y claridad en la acción a seguir. Las dos condiciones fallaron. No había habido grupo dirigente en el «tercerismo» y en la fundación del partido, y tampoco llegó a formarse en el primer decenio largo de su existencia. Los giros de la Internacional generaron confusión interna: del enfrentamiento de ruptura con la socialdemocracia al frente único, entre 1921 y 1924, y de este a la acusación a la socialdemocracia de «socialfascismo» a partir de 1924; no permitió más línea clara de acción que la de la denuncia del capitalismo y la propaganda de la URSS. Además, el golpe de Primo de Rivera, de septiembre de 1923, acabó de desestabilizar a la joven organización, sometida a los repetidos golpes de la represión, que desarticulaban su débil cuerpo y magnificaban, en las condiciones de la clandestinidad, sus disensiones internas. Así fue hasta que las condiciones generales de la Segunda República hicieron posible su reactivación y la línea del Frente Popular le dio, a partir de 1935, la base necesaria para una acción política de masas, no limitada a la propaganda. ★



⁶ En esos momentos la UGT tenía 208.000.

Bibliografía

- AGOSTI, Aldo (1974): *La terza internazionale. Storia documentaria*. Volumen 1. Editori Riunti, Roma.
- BROUÉ, Pierre (1997): *Histoire de l'Internationales Communiste. 1919-1943*. Fayard, Paris.
- BUENO, Manuel; HINOJOSA, José y GARCÍA, Carmen (coords) (2007): *Historia del PCE. Primer Congreso 1920-1977*. Fundación Investigaciones Marxistas, Madrid.
- MARTÍN, José Luis (2021): *Historia del PCE*. Madrid, La Catarata (en prensa).
- MEAKER, Gerald H. (1978): *La izquierda revolucionaria en España, 1914-1923*. Ariel, Barcelona.

